

“Había una vez, unas mujeres que desde la niñez, lucharon con rimas y el tintero, por la emancipación de su género”.

Camilla Moreira di Bello y Valentina Luppoli de la Fuente.

Cita:

Camilla Moreira di Bello y Valentina Luppoli de la Fuente (2021). *“Había una vez, unas mujeres que desde la niñez, lucharon con rimas y el tintero, por la emancipación de su género”*. XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-074/737>

Jornadas de Sociología XIV: Sur, pandemia y después

“Había una vez, unas mujeres que desde la niñez, lucharon con rimas y el tintero por la emancipación de su género”



Eje 6 | MESA 193 | Producción cultural e industrias creativas desde una mirada feminista

Coordinadoras: Cecconi, Sofía y Zicavo, Eugenia.

Autoras: Luppoli de la Fuente, Valentina y Moreira Di Bello, Camilla.

Trabajo monográfico originalmente escrito para la materia Historia Social Argentina- Cátedra Mallimaci.

ÍNDICE

1.Introducción	3
2. “Los lápices siguen escribiendo”	4
3. “Emprendedoras de la memoria”	10
4. “Convertibilidad, palabras y polvo de tiza”	16
5. Conclusiones (que no concluyen)	21
6.Referencias Bibliográficas	23

1.Introducción

Finalizada la censura ejercida durante la dictadura militar, comprendida entre los años 1976-1983, la vuelta a la democracia trajo consigo el boom de la literatura infanto-juvenil, íntegramente relacionado con la atmósfera de reciente libertad alcanzada. Los tintes coloridos y entusiastas de aquella producción literaria se impusieron como contracara del periodo anterior y en una forma de penetrar con frescura en el imaginario y permutar sus símbolos.

En este sentido, nos proponemos rastrear a aquellas autoras que participaron de la explosión literaria y cultural, mujeres que nunca habían podido hablar de lo público como un lugar que les perteneciera. Nuestra hipótesis es que este movimiento literario fue una manera de impulsarse hacia la esfera pública y hacer propio aquel lugar del que siempre estuvieron privadas, tanto por la específica falta de libertad en la época militar, como por su sexo.

Para lograr nuestra propuesta, a lo largo de esta monografía, optamos por observar las trayectorias literarias y musicales de *Elsa Bornemann*, *María Elena Walsh*, *Ema Wolf* y *Graciela Montes* en la medida en que estas mujeres asentaron un antecedente al incursionar en el campo cultural argentino, uno predominantemente masculino. Así, mediante sus escritos y canciones cargados de simbolismos y significantes transgresores, se convirtieron en pioneras y voceras de un deseo latente de transformación.

De esta manera, iremos desvelando las probables relaciones entre el contexto histórico que habitaron y el despliegue de sus trayectorias artísticas desde el periodo dictatorial hasta la actualidad. Indagaremos así de qué forma nuestras autoras se abrieron camino al compás de una melodía propia: la del cambio.

2. “Los lápices siguen escribiendo”

Algunas personas piensan que de las cosas malas y tristes es mejor olvidarse. Otras personas creemos que recordar es bueno; que hay cosas malas y tristes que no van a volver a suceder precisamente por eso, porque nos acordamos de ellas, porque no las echamos fuera de nuestra memoria

GRACIELA MONTES, *El golpe y los chicos*

El día 24 de marzo de 1976, una Junta Militar, integrada por el general Videla, el almirante Massera y el brigadier Agosti, asumió el gobierno del país y designó al primero como el Presidente de la Nación. Este golpe no fue el primero que se experimentó en el país ya que en los años previos la política argentina se vio dominada por un trasfondo de turbulencia social fruto de los choques entre el gobierno peronista y las fuerzas opositoras. En aquel contexto, los atentados contra la democracia se volvieron comunes, sin embargo aquel que tomó lugar en marzo y que se desarrolló en sus funestas consecuencias hasta 1983 se caracterizó por ser el más cruento y violento de la historia de nuestro país.

En aquellos golpes fue constante la pretensión de los militares de “poner en orden” al país adjudicándose soberbiamente el rol paternalista de salvadores de la Patria y veladores de la libertad, encabezando el llamado Proceso de Reorganización Nacional. Considerando el texto *“Racionalidad e imaginario social en el discurso del orden”* de Enrique Marí (1998) podemos observar como en las prácticas del orden castrense al poder se buscaba la apropiación e institución de ciertos símbolos nacionales como “Libertad” “Patria” y “Orden” que generar adhesión y permitieran la conformación de hegemonía. De esta forma, a partir del autoritarismo y la violencia, los enunciados eran convertidos en verdades evidentes, los opositores en enemigos y los mecanismos extra-institucionales en “imprescindibles” para rescatar a la Argentina de los *males* que la aquejaban (*guerrilleros, militantes combativos del peronismo, organizaciones subversivas de izquierda*).

En definitiva, los nuevos dueños del gobierno anhelaban dominar a través del terror a una población que paralizada por el miedo, no tuvo más opción que obedecer a los mal llamados “Héroes de la Argentina”. Este sentimiento queda bien expresado por Graciela Montes en su obra “El golpe y los chicos” de 1996 al afirmar que “como militares que eran lo militarizaron todo e hicieron que los civiles nos sintiéramos soldados” (p. 6). Se llevó a cabo un plan racional y cuidadosamente mentado que consistió en secuestrar, torturar y asesinar en forma clandestina a más de 30.000 hombres y mujeres que se negaron a plegarse y doblegarse ante tales deseos terribles, por más “oficiales” que fueran.

El proceso tuvo un carácter secreto, los planes se ejecutaban generalmente durante la noche y con altos índices de violencia. Los ejecutores fueron los denominados “Grupos de Tareas” quienes eran los encargados de entrar por la fuerza a las casas y secuestrar a los miembros sospechosos de las familias quienes eran *chupados* y caían en “(...) el pozo del terror, se los había devorado el gobierno del Proceso” (Montes, Op. Cit. p. 8)

A pesar del panorama sombrío, había quienes resistían con tenacidad y jamás abandonaron la creencia en la posibilidad de dar vuelta las cosas. Ciertas obras y representaciones artísticas de Bornemann, Montes y Walsh se vieron atravesadas por la violencia física y simbólica de la época. Desde el Estado se miraba a modificar los símbolos del imaginario circulante, a producir un cambio en la mentalidad de los argentinos a partir del quiebre de la memoria colectiva, memoria ligada a las identidades sociales y políticas de un ciclo histórico que se quería sepultar por ende donde fuera que se vislumbraran tonos de denuncia, emergía la censura mediante “recomendaciones”, “sugerencias” o listas negras.

Sin embargo, los actores del campo cultural (algunos, al menos) jamás abandonaron la pretensión de narrar lo que sucedía y, de esta forma, lo resistieron impregnando sus historias imaginarias con la realidad más cruenta. Un caso puntual que exhibe aquella relación difusa entre ficción y realidad fue el libro de Bornemann “*Un elefante ocupa mucho espacio*”, escrito en 1975 a modo de predicción sobre lo que ocurriría en la llamada “Noche de los Lápices” el 16 de septiembre de 1976 cuando un grupo de adolescentes de la ciudad de La Plata fueron secuestrados, torturados y desaparecidos debido a su participación en una campaña a favor del boleto estudiantil. En el cuento se narran las vicisitudes de Víctor, un elefante que convoca a huelga en un circo de animales como forma de protesta ante el trato que reciben por parte de los humanos. Víctor los exhorta a luchar por la alegría de la libertad, por la recuperación

de su *identidad* animal, los invita a no ser meras imitaciones de los hombres y a oponerse a las continuas humillaciones. El relato, censurado posteriormente bajo el régimen militar, le permitió a la autora describir la situación que se vivía en el país: un clima de protestas, inconformidad y necesidad de cambio que se constituyó como antesala del golpe. Ella numerosas veces ha manifestado como, en su opinión, la literatura puede servir para reflejar la empiria: "Todo lo que ocurre en la realidad puede dar origen a mi escritura, siempre recreado por la imaginación que es, sin dudas, la principal inventora de mis obra" (La nueva, 2003). En ese sentido, las similitudes son notorias pero en la ficción los animales obtienen su final feliz mientras que nuestros jóvenes no. La censura que sufrió la autora se extendió también a su labor pedagógica ya que tuvo vedado el acceso a todo establecimiento de educación pública en la Argentina hasta la finalización de la dictadura. Frente a esto expresó: "Nos queda una enseñanza, que es de Dalí: en épocas de grandes censuras hay que intentar ser más inteligente que los censores" (Schavelnoz, 2013).

El mismo hecho de violencia aparece enmascarado bajo las palabras de Montes en el "*Otroso: últimas noticias del mundo subterráneo*", publicado en 1991. La novela relata las vivencias de unos adolescentes del barrio de Flores que se reúnen en torno a una publicación clandestina. Sin embargo, sus vidas dan un vuelco cuando deben ocultarse para huir de "La Patota" que los persigue por sus ideas y prácticas. Otroso es el nombre de ese mundo subterráneo que representa la experiencia del encierro, la persecución y la clandestinidad claramente ligada a las prácticas de los militantes durante la dictadura. Al mismo tiempo, para estos jóvenes, ese mundo sirve de refugio y representa un modo de resistencia a las presiones del mundo real. En la novela, la autora relata los interrogatorios y la tortura que sufrían aquellos que eran secuestrados con el fin de que revelaran información comprometedor sobre sus organizaciones y su firme lealtad con la causa por la que incasablemente luchaban.

A continuación, un fragmento de la novela en el cual se refleja el pensamiento de un miembro de "La Patota":

Esta pudo haber sido la oportunidad, nuestra única oportunidad de enterarnos de dónde estaba Otroso, pero Rosita no estaba dispuesta a revelar nada, nunca más, a nadie. Se había envuelto sobre ella misma como una piedra, para golpear y castigar, no para abrirse y mostrar. Y aunque ella tuvo que notar que todos esperábamos que nos revelase el secreto, no nos dijo nunca nada (Montes, 1991, p.108).

Un hecho de incidencia política, vinculado de igual forma con el trabajo de Montes y que demuestra la frontera porosa entre ficción y realidad, fue lo sucedido en la provincia de Mendoza con respecto a la colección de “Los Cuentos del Chiribitil” la cual era dirigida por dicha autora. Luego de la publicación del cuento “*Los zapatos voladores*” en 1977, en donde el protagonista es un cartero empleado de la municipalidad que no tiene plata para comprarse zapatos, la gente de un pueblo de la provincia se reunió y organizó una colecta para sus servidores públicos. Debido a esto, la delegación del Tercer Cuerpo del Ejército en Mendoza consideró que la recaudación era un llamado a la subversión y, en consecuencia, la colección entera fue prohibida.

En este sentido, el control ideológico y policial abarcó desde la actividad editorial hasta la producción teatral, cinematográfica y el cancionero popular. En ese sentido, la autora María Elena Walsh, en 1962 luego de lanzar su canción infantil “El Twist del Mono Liso”, experimentó la censura en carne propia al ser rotulada en una lista negra bajo el título “*Cantables cuyas letras se consideran no aptas para ser difundidas por los servicios de radiodifusión*” durante la dictadura. Esto se pudo deber al lenguaje coloquial de la canción con características impropias, además de que la historia trataba de una “naranja excéntrica” que, a pesar de los múltiples intentos de domesticación, vive su vida como ella desea. Otras canciones de su autoría censuradas fueron “*La Cigarra*” y “*Gilito de Barrio Norte*” pero ella fue también un gran ejemplo a la hora de sortear la censura impuesta por los militares, publicando en Clarín “*Desventuras en el País-Jardín de-Infantes*” en 1979. Hábilmente utilizó metáforas sobre la situación del país y criticó a las autoridades por tratar a la sociedad como si fueran niños que no tenían la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Poco a poco se fue convirtiendo en un símbolo de resistencia y lucha por la democracia. Sin embargo, debido a las presiones que sufrió la autora por parte del gobierno militar, en 1978 dejó de presentar su música en público. En una entrevista para RADAR en 2008, Walsh recordó aquel hecho y relató lo siguiente: “Fue en julio de 1978, si mal no recuerdo, que decidí no seguir componiendo ni cantar más en público. Y eso fue el fin de una serie de cosas que habían ido limitando mi libertad de expresión y la de tantos otros. Como el día en que iba a venir a verme el general Videla y alguien me hizo llegar una amenazadora sugerencia: “Mire que hoy viene el General, no cante tal canción, ¿estamos?” (Lennard, 2008)

La censura no sólo alcanzó a las canciones destinadas para niños, sino también, como ya vimos, a cuentos e historias. Algunos incluso fueron alcanzados por las llamas del fuego del silencio. El 26 de Junio de 1980, en un baldío de la calle General Ferre,

Sarandí en el Partido de Avellaneda, aunque también en diversas provincias del país, el gobierno militar llevó a cabo una extraordinaria y penosa quema de libros censurados. Entre ellos se incluyen "*Nicolodo viaja al país de la cocina*" de Montes y el ya mencionado "*Un elefante ocupa mucho espacio*" de Bornemann. Las razones de los militares para la prohibición de dicha literatura, en apariencia inofensiva, radican en el supuesto exceso de fantasía y en la promoción implícita de planteos que contribuyen al adoctrinamiento del accionar subversivos. Estos relatos con tintes fantásticos, encontraban sus raíces en el ya mencionado trabajo de María Elena Walsh durante los años sesenta. La poética de Walsh promovía una literatura que subvertía el orden tradicional del mundo y que a partir de la lógica del absurdo y la dimensión lúdica del lenguaje lograba desestructurar las formas tradicionales para dirigirse al niño y habilitar el ingreso de la arbitrariedad literaria.

Esta punzante censura experimentada por las autoras de la literatura infanto-juvenil, de alguna forma, permitió que se gestaran lazos de solidaridad entre las escritoras del género haciendo las veces de un escudo protector frente a las presiones de la época.

En marzo de 1981, un año después de la quema de libros, asumió el Teniente General Viola por un corto periodo ya que la Junta militar lo forzó a dimitir y el General Galtieri ocupó su lugar en diciembre. La crisis se intensificó gradualmente al interior del seno castrense frente a una sociedad cada vez menos dispuesta a acatar y más propensa a enfrentarse al gobierno. La guerra de Malvinas, que tuvo lugar el 2 de Abril de 1982, emergió en el horizonte como la posibilidad de cohesionar internamente elementos en disputa frente a un enemigo externo común: Inglaterra. Nuevamente, y como una forma desesperada de recuperar el control, los militares intentaron exacerbar esos símbolos que integraban el imaginario que ellos se habían dedicado a conformar. La oposición entre una fuerza nacional que actuaba en conjunto y el imperialismo usurpador buscaba relegitimar a las fuerzas armadas en su viejo rol de salvadores de la patria. Nada mejor que una proeza militar teñida de una retórica nacionalista para fortalecer su figura, limpiar su nombre ante los ojos de un pueblo herido y lograr el respaldo de una dirigencia política desprestigiada.

El plan cumplió con su cometido, al menos por el tiempo que duró la guerra. La sociedad argentina vivió momentáneamente bajo la emergencia de un espíritu patriótico debido en gran medida a la influencia de los medios de comunicación encargados de proyectar una imagen triunfante del ejército argentino en las islas. La realidad era otra y, la derrota, inminente. En este punto, el fracaso precipitó la caída del régimen. Bignone asumió el primero de julio de 1982, con el único propósito de

gestionar una salida ordenada del gobierno militar que no tuviera implicaciones graves para los participantes del golpe. Fruto de esto el 23 de septiembre de 1983 se sancionó la “*Ley de Amnistía*” (*autoamnistía* según el público) en defensa de quienes habían cometido "delitos subversivos" y "aquellos que se excedieron en la represión" en el período comprendido entre el 25 de mayo de 1973 y el 17 de junio de 1982. La dirigencia política y las entidades de derechos humanos rechazaron la legislación.

Arribó el momento de las elecciones y el 30 de octubre de 1983 Raúl Alfonsín asumió la presidencia de la nación con el 52% de los votos bajo un clima de entusiasmo general. El retorno de la democracia implicó, sin embargo, un largo sendero por recorrer: las presiones de los militares se acentuaron y tuvieron como blanco constante el accionar del presidente.

La recuperación de la esfera pública fue un triunfo innegable pero la insuficiente presencia femenina en la misma sería un elemento que nuestras autoras se encargarían de revertir. Sobre ello profundizaremos en los siguientes capítulos.

3. “Emprendedoras de la memoria”

Retomando nuestro planteo introductorio, la nueva presidencia de Alfonsín, implicando la vuelta a un estado democrático, permitió la gestación de un nuevo panorama de apertura en todos los ámbitos, particularmente notable en la esfera cultural. El emergente clima de liberación, implicó la tan anhelada oportunidad de dar rienda suelta sin censura a la imaginación. Los imaginarios circulantes, ocultos en el corazón y mente de quien ansiaba recuperar su emancipación, miraron a desterrar a aquellos símbolos que habían dominado durante tanto tiempo.

El deseo de cambio se vehiculizó, en parte, por medio de la explosión de la literatura infanto-juvenil cuyas historias tomaron lugar en mundos que articulaban lo fantástico, lo absurdo, lo imposible, el encanto y lo onírico. La *revitalización* de aquellos relatos condenados a la clandestinidad durante la dictadura encontraron como protagonistas a Graciela Montes, Elsa Borneman, María Elena Walsh y Ema Wolf.

Dichas escritoras, previo a 1983, habían pasado por altas casas de estudio, publicado numerosas historias y artículos periodísticos, dirigido colecciones de editoriales, distinguidas con nominaciones a premios y, en su mayoría, habían tenido contacto con escuelas debido a su interés en la formación pedagógica. De hecho, el ímpetu trasgresor de aquellas mujeres no tuvo su origen durante la década del '80, sino que se puede rastrear a muchos años antes, particularmente en auge en la década de los '60.

Así lo afirma Ema Wolf en una entrevista para Eterna Cadencia:

María Elena Walsh dejó una marca muy importante, nos dio permisos. Sin haberla frecuentado, cuando yo empecé a escribir estaba ahí. Lo mío no es la poesía, lo de ella sí, que además era más del limerick, del juego de palabras, de significantes, muy presente en su poesía. No es lo mío, pero yo creo que sí, que dio una libertad en la que todos nos metimos después. Abrió sin preocuparse por marcar, hacer escuelas, ni nada. Dio una libertad. Será porque comenzó a publicar a fines de los 50, en los 60, que eran épocas muy libres, incluso acá, la época del Di Tella. Fueron años muy transgresores en la expresión. Ella abrió con un machete un territorio que nos vino muy bien (Tentoni, 2019).

Sin embargo, los canales para poder realmente expresarse los encontrarían recién en 1983 ante un panorama diferente, signado por un contexto internacional que en consonancia con el espíritu de apertura del país, permitió la toma de medidas modernizadoras. Una de ellas fue la controvertida Ley de divorcio de 1987, criticada por desde múltiples fracciones ideológicas por “desmoronar la familia”. Se promulgó contra viento y marea, demostrando los aires de cambio de los 80 y los cuestionamientos circundantes a la estructura patriarcal de la familia.

Concretamente, y retomando nuestra hipótesis, la lucha de nuestras escritoras, como profesionales y mujeres, fue singular en tanto a partir del boom obtuvieron las herramientas necesarias para construir un puente entre ellas y la esfera pública. A partir de allí tomaron parte en la reconstrucción simbólica y cultural del país y añadieron a dicha tarea un cuestionamiento sistemático al mandato jerárquico de los roles sexuales y a la aparente esencialidad de las divisiones entre lo público y lo privado. Por lo cual, para ellas la distinción profesional en el ámbito literario estuvo ineludiblemente ligada a la disputa en torno al lugar que se les impuso siempre en tanto mujeres.

Este labor de penetrar en el ambiente público cobró una importancia histórica si consideramos la tradicional dicotomía que explica Diana Maffia en su libro de 2016 *“Contra las dicotomías: Feminismo y Epistemología crítica”* entre lo público/privado y su relación con los sexos: según ella, dichos ámbitos se constituyen frente a los individuos como realidades separadas por fuera de las cuales no hay nada. En el caso de los varones, se les atribuye racionalidad, objetividad y un lugar legítimo en el ámbito público. Mientras que a las mujeres se las define como seres emocionales, subjetivos y pertenecientes a la esfera privada. La sexualización de los conceptos implica que tanto hombres como mujeres queden encasillados en roles estereotipados sin posibilidad de “escapar” de su correspondiente categorización. Y dicha categorización no existe por fuera de una profunda jerarquización entre sexos definiéndose como más valiosas las cualidades atribuidas a los varones: se justifica “legítimamente” que las mujeres no puedan acceder a cargos políticos o públicos debido a que están controladas por las emociones y envueltas en su propia subjetividad, es decir, tienen cualidades inferiores y por lo tanto son inferiores.

Al constituirse como *“Emprendedoras de la memoria”*, nuestras autoras lograron inevitablemente traspasar la barrera que las confinaba a lo privado y hacerse un lugar propio en el ala pública desde la cual se abocaron a la tarea de edificar algo nuevo sobre aquello que criticaron de forma sistemática en sus cuentos. Su rol de reconstructoras no se agotó en bellas palabras.

Pero en definitiva, ¿qué implicó llevar puesta la bandera del emprendedurismo de la memoria? Significó intersecar las vivencias del pasado, narradas en sus obras, con los horizontes que se desplegaban en una coyuntura post-dictatorial, propugnando así un cambio en la realidad desde el nuevo lugar en el que se hallaban. Su finalidad era poder poner en palabras las atrocidades del pasado y transmitir a los más chicos el sentido sobre lo ocurrido a partir de textos ficcionales y poder así comprender aquel fenómeno que marcó un antes y un después en Argentina. De esta forma, nuestras escritoras se dedicaron a evitar que lo ocurrido cayera en el olvido que el silencio de familias y escuelas volvía inexorable.

El trabajo realizado por Graciela Montes en "*Entender y Participar*" (1986) revista que perteneció a su proyecto editorial "*Libros del Quirquincho*" es ejemplo de ello. A partir de una visión propia e innovadora, se dedicó a hablar por primera vez, de manera clara pero sencilla para que todos -también los chicos- entendieran, lo que había sucedido durante el terrorismo de Estado. El proyecto editorial significó para la autora encontrar una voz propia acogiendo una novedosa literatura para niños que reflexionaba sobre temas de gran importancia. Esta revista fue un antecedente del ya mencionado libro de 1996 "*El Golpe y los chicos*", profundización de la labor realizada desde el advenimiento de la democracia respecto al ejercicio de recordar. Esto demuestra que para Graciela el vínculo entre los más jóvenes y la memoria es inquebrantable, siendo de extrema importancia transmitir la historia que, como argentinos, compete a todos sin importar el rango de edad.

Un pensamiento parecido emite Ema Wolf. Según ella, la edad del lector no determina el género del libro, sino que sus escritos pueden ser leídos y escuchados por todos. Por ende, más que pensar en sus libros en términos infanto-juveniles lo hace en clave de literatura popular.

En el marco de nuestras reflexiones, entendemos que las autoras se perfilaron como agentes sociales del cambio cultural comprometidas con la causa de la reconstrucción del pasado y la consigna instalada por el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP). La misma fue creada el 15 de diciembre de 1983 por el gobierno de Alfonsín, quien estaba comprometido a llevar a cabo una investigación respecto a las violaciones a los derechos humanos cometidas por las Fuerzas Armadas. En su origen, la Comisión fue criticada tanto por las Madres de Plaza de Mayo como por una gran parte de la población debido a que se estimaba que la conformación de dicho organismo demoraba el rápido juzgamiento de los militares. La CONADEP fue apoyada por la Cámara de Diputados y finalmente comenzó sus

actividades. En septiembre de 1984 presentó el informe posteriormente titulado "Nunca más" donde se hallaban 8.700 denuncias por desaparición, se describían 340 centros de detención clandestina y comprometía a 1.300 personas en la represión. La CONADEP estaba encabezada por Ernesto Sábato, lo cual demuestra la importante conexión entre la literatura y el ejercicio de recordar.

En definitiva, como venimos planteando, las autoras, y su literatura, emergieron en un contexto histórico específico y dentro del cual se desempeñaron en el escenario público transmitiendo la memoria colectiva.

Un matrimonio ideal entre la esfera pública y la literatura fue el denominado plan "*Leer es Crecer*" llevado a cabo entre 1986 y 1988. Auspiciado por la UNESCO, fue un proyecto sin precedentes en el país que sobresalió por su excepcional diseño y alcance. Este consistió en la creación de círculos para la promoción de la lectura y nuevas formas de acercamiento a los libros concretando talleres de escritura y lectura a lo largo y ancho del país con más de 150 talleristas. Una de nuestras autoras, Graciela Montes, fue contratada por la Dirección Nacional del Libro del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación para formar parte de este plan de lectura, en el que participó activamente recorriendo bibliotecas populares de toda Argentina.

En adición, a esos años se remite la fundación de la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina (A.L.I.J.A), la cual representa la filial argentina IBBY (Organización Internacional del Libro Infantil y Juvenil). Esta Asociación es una organización no gubernamental, sin fines de lucro, orientada al bien de la comunidad, y que actúa en el campo de la literatura y los buenos libros para niños y jóvenes, fomentando la lectura, la edición y la cultura en todo el ámbito de la República Argentina y el exterior. Tanto Ema Wolf como Graciela Montes fueron entes de extrema importancia, participando tanto en la fundación de la A.L.I.J.A como llevando a cabo funciones organizativas con mucho compromiso y devoción para transmitir la lectura a cada rincón del país, siendo para ellas de vital interés asegurar la libertad expresiva en la literatura para niños, la aventura y el desafío al lector.

Recorriendo las trayectorias de nuestras autoras hallamos que hubo diferentes maneras de conjugar la vocación literaria con las preocupaciones del ámbito público. En la figura de María Elena Walsh se encuentra un sistemático interés por introducir cambios sociales alineados con las necesidades del nuevo período democrático. En 1983, luego de haber luchado dos años contra el cáncer, se dispuso tanto a iniciar una nueva fase de su trabajo como a participar en proyectos políticos, de forma más o menos directa. En este sentido, se dedicó a recalar en la transformación de su gremio,

la Sociedad Argentina de Autores y Compositores donde su aporte en el Departamento Cultural fue esencial, al expresar sus ideas a través de un nuevo programa televisivo llamado “*La Cigarra*”. Este tomó el nombre de la canción censurada durante la dictadura y sirvió como un espacio de reflexión, tratando temas considerados inusuales para la época. Walsh se desempeñó en la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia durante la presidencia de Alfonsín, en quien depositó la esperanza de cumplir con los derechos y libertades que tanto pregonaba en su vida (y en su obra). Incluso tuvo la osadía de pedirle al presidente que legislara el aborto, una demanda que fue insólita para la época pero que demostró el pensamiento feminista y progresista de la autora. Sin embargo, la decepción la impulsó a renunciar a su cargo en 1986.

La faceta feminista de Walsh se retrotrae a su juventud, en la cual leía a las famosas escritoras Victoria Ocampo, Virginia Woolf y Doris Lessing. En 1970 nuestra poeta, compositora, cantante y dramaturga, se insertó en la Unión Feminista Argentina y en el Movimiento de Liberación Feminista desde la vertiente que articulaba feminismo y política. Ella nunca quiso interpretar en su vida el rol de madre, ni siquiera en sus cuentos, sino que sostuvo que la mujer primero debía tener independencia económica y a partir de allí realizar lo que quisiera con su vida. Encontramos esta frase de gran significancia y sostenemos posible aparejarla con el trabajo de Honneth y Fraser de 2006 “*¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político filosófico*” en el cual caracterizan a la redistribución económica como pieza esencial de la justicia social, remedio de la dominación masculina en tanto una distribución más justa de los recursos y de la riqueza transmutarían aquellos aspectos estructurales patriarcales que excluyen, privan y marginan a las mujeres. En este sentido, y continuando con el pensamiento de María Elena Walsh, ella caracterizaba las relaciones entre sexos como de dominación injusta y localizaba en las mujeres el potencial transformador de las mismas: la posibilidad de independizarse económicamente volvería las diferencias obsoletas y parte del pasado.

Siempre desafiante y en busca de expandir las restricciones impuestas al género femenino, Walsh se presentó en el teatro “*El Maipo*” con una obra musical. Fue inédito que una mujer presentará un show unipersonal y frente a las horrorizaciones declaró que este trabajo era una forma de ganarse la vida, clave para la autonomía de la mujer ante un mundo machista. El rechazo que implicaba su oposición a vivir bajo un mandato que situaba a las mujeres como esposas, madres y amas de casa se complementaba con aquel provocado por su orientación sexual: las lesbianas eran víctimas del juego que se gestaba en el seno de una doble violencia: el sexismo y la

homofobia. En este sentido, nos parece importante tomar a Marta Lamas en su libro "*La violencia del sexismo*" de 1998, donde expone la relación intrincada existente entre los mandatos del género y la visión del mundo que los primeros determinan. La autora explica cómo según la conceptualización de la complementariedad reproductiva del género, el sexismo y la homofobia suelen ir de la mano. La heterosexualidad aparece como natural mientras que el "distinto, el extraño" es el poseedor de un deseo sexual lésbico-homosexual.

4. “Convertibilidad, palabras y polvo de tiza”

Con la asunción de Carlos Menem a la presidencia, en 1989, el país se vio sumergido en cambios económicos, políticos y culturales. El período de Alfonsín terminó de forma abrupta con su renuncia debido al recrudecimiento de la inflación, la recesión, el deterioro de las cuentas fiscales, el elevado endeudamiento, el retroceso de las reservas, la huida de capitales y el consecuente malestar social. En este contexto, Menem decidió tomar una serie de contramedidas en línea con un neoliberalismo cada vez más dominante a nivel mundial. El programa adoptado por el menemismo, en definitiva, reflejaría los intereses del *establishment*, es decir, las grandes empresas nacionales y extranjeras radicadas en el país, la gran banca nacional y los representantes de los acreedores externos.

En ese sentido, el hito central de su primer mandato fue el “*Plan de Convertibilidad*” de 1991. Entendido como una reestructuración radical de la economía, incluyó la fijación del tipo de cambio en \$1 = USD 1, para lo cual el Banco Central debía respaldar la totalidad de la base monetaria con reservas internacionales, sobre todo dólares. Este plan implicó la desregulación de las actividades económicas privadas y la privatización de las empresas del Estado, una reducción del gasto público, es decir, el desmantelamiento del estado de bienestar, la apertura indiscriminada de las importaciones y la reestructuración de la deuda externa. Durante el primer mandato, el plan económico fue exitoso en tanto logró bajar la inflación y en el país se vivió en una especie de *burbuja de consumo* bajo una presunta igualdad económica con el país más poderoso del mundo: Estados Unidos. Sin embargo, en el comienzo de la segunda presidencia de Menem (1995-1999) los efectos negativos se hicieron presentes bajo la forma de altas tasas de desempleo, despidos masivos, salarios bajos, aumento de precios debido a la desregulación del mercado y la incapacidad de la industria nacional para competir.

Distintos grupos sociales y políticos vinculados con el sector trabajador protestaban en pos de la mejora de la situación, la recuperación de sus empleos y un aumento de salarios ante las insostenibles condiciones de vida. Los reclamos se hicieron carne con la renuncia del Ministro de Economía, Domingo Cavallo en 1996. Sin embargo, el abandono del cargo no pudo evitar el deterioro de la situación socioeconómica y la reducción del malestar social. En abril de 1997 se llevó a cabo una de las protestas más trascendentes del período por parte de docentes de la Confederación de Empleados y Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA). Estos profesionales de la educación se instalaron en una carpa blanca por tres años en la Plaza del Congreso, en donde, realizando ayunos rotativos, reclamaron mejoras

salariales y un aumento en los fondos económicos destinados a la educación a través de la sanción de una nueva ley llamada “*Ley de Financiamiento educativo*” a la vez que reclamaban por la derogación de la Ley Federal. El hecho adquirió una importancia simbólica y su influencia se expandió en el resto de las provincias, las cuales imitaron la radical forma de reclamo.

Partiendo del contexto histórico descrito, creemos relevante enfatizar en la forma en que nuestras autoras se convirtieron en defensoras de la educación pública y de la cultura y, por lo tanto, los principales blancos de la transición al modelo neoliberal. Si una década atrás el boom literario de los años 80 se había constituido como un punto de inflexión, fue principalmente porque la escuela se constituyó como un aliado de la literatura infanto-juvenil. Escritores, investigadores y editores encontraron en los maestros el canal natural para promover el entusiasmo de los más jóvenes por la literatura pero la enorme potencialidad de esa unión no implicó el bosquejo de una verdadera política educativa, quizá por el contexto turbulento experimentado al fin del mandato del primer presidente de la era democrática.

Con lo cual, en el marco de una sociedad subsumida bajo los preceptos neoliberales, el desfinanciamiento exponencial de la educación pública y la reducción drástica de los salarios docentes, la promoción de una cultura literaria y la formación de nuevos lectores no se constituyó como una prerrogativa estatal sino más bien como el blanco del afán más obscuro de lucrar. Es decir que la literatura infanto-juvenil se convirtió en un producto más del mercado a comercializar: fueron las editoriales, guiadas por su *lógica marketinera*, las que impulsaron talleres de lectura con los maestros, promovieron la realización de ferias del libro en las escuelas, apoyaron los encuentros entre el público y los autores y auspiciaron jornadas de lectura. En este sentido, la década de los 90 fue un gran desafío para la literatura y los maestros se hallaron en total desamparo.

Allí es donde entraron en juego nuestras autoras, quienes buscaron recuperar los valores culturales que transmitían en sus cuentos realizando una labor pedagógica de índole cualitativa como contracara a la producción en serie con fines meramente lucrativos. Engarzaron, como siempre a lo largo de sus trayectorias, la práctica intelectual con la resistencia cultural.

Para llevar a cabo su lucha, nuestras escritoras comenzaron a participar activamente en las escuelas, otorgando sus libros para que sean trabajados e incluso visitando los colegios y dando charlas, actividad que continúan realizando hasta nuestros días. Retomando los pares opuestos jerárquicos propuestos por Maffia (2016), nos parece importante repensar cómo las autoras lograron traspasar las categorías dicotómicas patriarcales resignificando el rol estereotipado de “cuidadoras” (al preocuparse por la

educación de los niños), actuando dentro de la esfera pública como activistas e interventoras. Siguiendo a Butler en "*Cuerpos que importan. El límite discursivo del sexo*" de 1996 podríamos proponer esta práctica como una resignificación discursiva de la función social reproductiva de "cuidadoras", asignada históricamente a las mujeres peyorativamente. De esta forma, habitar aquella categoría revalorizada, permite que se produzca un proceso de reconocimiento (más) pleno del sujeto consigo mismo y a partir de allí, demandas políticas y sociales pueden ser impulsadas con vigor. De todas formas no proponemos con este planteo que las mujeres naturalmente tengan un carácter de "cuidadoras" o que ésta sea obligatoriamente su rol a ejecutar pero si opinamos que es aquel que se les adjudica y por lo tanto, la resignificación que ellas mismas efectúen de él puede contener fuertes implicancias tanto en sus condiciones de vida como en la acción que ejecuten dentro de la esfera pública.

Ejemplo de este rol dual resignificado es el caso de Elsa Bornemann quién además de escritora, se formó como maestra normal nacional y fue docente en todos los niveles de enseñanza. Comprometida con su vocación, dictó cursos y conferencias, coordinó talleres de creación literaria y visitó colegios de todo el país para realizar conversatorios con los niños sobre literatura. Al igual que Bornemann, Graciela Montes, a pesar de no haberse instruido como enseñante, se dedicó en este periodo a participar en la labor pedagógica. De acuerdo a Montes, la educación debía abocarse a ensanchar lo que llama la "*frontera indómita*" es decir el espacio de creación y construcción personal. En este sentido, el maestro es una figura clave ya que la verdadera educación se produce cara a cara cuando el enseñante tiene un interés genuino por quien tiene delante. Esta situación posibilita una circunstancia única en la cual los niños reciben una atención personal y cualitativa por parte del maestro y viceversa.

Para Montes, la transmisión de la literatura no podía ser una mera repetición, sino que tenía que haber una apropiación crítica del texto. Este punto aplicaba tanto al docente, quien debía hacer propio al cuento con la finalidad de trabajar a partir de su praxis educativa, como también a los niños. El maestro no debía ofrecer interpretaciones finitas de los cuentos a los niños, sino que su rol pasaba por abrir nuevas grietas en las cuales los jóvenes pudieran repensar la literatura: el encuentro entre lector y libro debía darse sin demasiadas perturbaciones externas para que la literatura no muriera como tal.

La autora Ema Wolf compartía estos pensamientos con Montes. Durante la década de los 90, fue una gran defensora de la educación pública y de la escuela como un espacio de difusión de la lectura como hábito. En su opinión, la típica frase "*Los chicos*

no leen", el gran estigma de la sociedad contemporánea, comenzó a circular en esa época y continúa circulando hasta la actualidad. Este dicho siempre fue entendido como una crítica expresa a las nuevas tecnologías. Sin embargo, ella no concuerda y así lo expresa en un diálogo con el diario La Nación:

Si el problema fuera sólo de la tecnología, los países más avanzados tendrían menos lectores. Un japonés o un alemán, rodeado de televisores, computadoras, cines y videos, sería un no lector. Pero en esos países los índices de lectura son altos. En realidad, los que más se ocupan de difundir la lectura son los países más desarrollados (Pellet Lastra; 2000).

En cambio, Wolf atribuía la falta de lectura al típico retroceso de las políticas culturales en el periodo observado, la falta de difusión del libro, el abandono en la educación y la carencia de bibliotecas en las escuelas. A su vez, había poco estímulo en las familias, reproche que la autora expresó de la siguiente manera:

Todo el mundo les dice a los chicos que tienen que leer, pero en los hechos no son tantos los adultos que leen: si no se contagia el entusiasmo por el libro, nunca se van a sacar lectores. Hay una prédica que está por encima de la práctica (Pellet Lastra; 2000).

En este punto, podemos observar una concordancia entre Montes y Wolf. Para ambas era fundamental la enseñanza mediante el ejemplo, que los niños se inspiren de sus padres y maestros y no se queden solo con palabras vacías. Según la primera, tampoco sirven las acciones carentes de significado y esporádicas, como realizar una feria del libro una vez por año con la esperanza de que las personas se transformen en ávidos lectores espontáneamente. En cambio, es necesario un compromiso y un fomento constante que requiere un trabajo dificultoso pero necesario. De hecho, Montes afirma, en el marco del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación en el 2004, que es allí donde el papel de la escuela es esencial:

Que la escuela se asuma como la gran ocasión para que todos los que vivimos en este país –cualquiera sea nuestra edad, nuestra condición, nuestra circunstancia...– lleguemos a ser lectores plenos, poderosos. La lectura no es algo de lo que la escuela pueda desentenderse (Carranza, 2007)

5. Conclusiones (que no concluyen)

Cómo últimas palabras nos gustaría volver a remarcar la importancia del camino que nuestras escritoras construyeron, no sólo para ellas mismas, sino para toda una generación de mujeres. Mediante la palabra, la creatividad y un ímpetu transgresor, Elsa Bornemann, María Elena Walsh, Graciela Montes y Ema Wolf abrieron un terreno nunca antes habitado por las mujeres, pero que, gracias a ellas, dejó de ser impenetrable.

De esta forma, dichas precursoras revolucionaron los símbolos del imaginario dominante masculino y “montaron una carpa” permanente en la esfera pública, logrando ganar un espacio propio en el mundo de niños (y grandes, porque claro, todos alguna vez fuimos chicos), lugar del que nadie podrá removerlas.

Como ya hemos visto, fue la primavera de los 80 la que hizo florecer la narrativa infanto-juvenil, hinchada por tanto silencio, permitiendo la unión entre la literatura y el ámbito público. Desde entonces, sus nombres e influencia no han hecho más que crecer. Desde su resistencia durante la censura de la dictadura, pasando por su labor como emprendedoras de la memoria a su posterior dedicación activa en la educación pública, estas mujeres han llevado con orgullo la bandera de “*Lo personal es político*”. Disolvieron las fronteras y unificaron las esferas pública y privada, rompiendo con la dicotomía que las relegaba al hogar.

Graciela Montes y Ema Wolf continúan incansablemente su actividad. La primera trabajando en el programa “*Educación y memoria*”, creado en 2008 por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. En aquel programa volcó su interés en el fortalecimiento de los Derechos Humanos y las libertades fundamentales, el fomento de la igualdad de género mirando a la conformación de ciudadanos comprometidos con su comunidad y tiempo histórico. Allí, se dedicó a escribir un cuadernillo destinado a maestros de escuela con la finalidad de incentivar la lectura en los colegios de toda Argentina. De esa manera, apunta a construir ciudadanos con horizontes anchos y pensamientos libres, al igual que intentar paliar la crisis de lectura que se experimenta con los jóvenes en la actualidad. A su vez, su amiga y colega Ema Wolf, participó (y participa) en el mismo Ministerio a partir de la donación de una larga lista de libros destinados a bibliotecas y escuelas.

En adición, ambas escritoras se desempeñan como jurados de concursos literarios, participan de charlas, visitan escuelas, colaboran con diferentes bibliotecas, dictan talleres literarios y, por supuesto, continúan escribiendo libros que influyen en las futuras generaciones. Por otro lado, el legado de Elsa Bornemann y María Elena Walsh permanecerá vivo eternamente nada más y nada menos que en el espacio

público: llevan sus nombres bibliotecas, salas juveniles, escuelas, organizaciones, certámenes literarios y premiaciones.

Sin embargo, y a pesar del sendero recorrido, un largo trecho permanece aún por explorar. Aparejado a los nuevos tiempos, han surgido problemáticas estructurales respecto al desarrollo de la literatura infanto-juvenil en el marco de una sociedad de consumo donde las presiones del mercado se convierten en una nueva forma de censura. A su vez y dentro de este nuevo contexto, Graciela Montes observa cómo los prejuicios acerca de lo que puede ser considerado apto para niños implican riesgos para el escritor y su producción, muchas veces víctimas de las acciones censoristas del mercado y la escuela. Aquellos ámbitos son calificados como conservadores por la autora en cuanto a las lecturas para los niños pero, simultáneamente, lugares privilegiados para las ventas de las editoriales. Ema Wolf comparte un pensamiento similar, afirmando que no se habla lo suficiente sobre la censura, siempre latente, que sufren los autores infanto-juveniles por parte de los padres, las escuelas y las editoriales.

Por ende, si bien las autoras y la literatura para chicos lucharon por conquistar un espacio propio, y lo lograron, al mismo tiempo aún pueden ponerse sobre el tapete las profundas contradicciones del campo literario infanto-juvenil que definen, por ejemplo, la crisis de lectura que se vive contemporáneamente, según Montes, escasamente visibilizada en los medios de comunicación. Contradicciones que se hallan lejos de resolverse.

En conclusión, la literatura se convirtió para nuestras autoras en un espacio donde se conjugó la resistencia y la posibilidad de realizarse como escritoras, pero ante todo como mujeres. Pudieron así liberar su creatividad, ingresando y apropiándose de nuevos espacios de los cuales, ahora, jamás podrán desterrarlas.

Lo que se hallaba en el corazón de aquellas pioneras, queda sintetizado genialmente por Walsh cuando una periodista en 1989 le dijo "*las mujeres tenemos ansiedad por saber quiénes somos...*"

Ante lo cual ella contestó:

"...Es la ansiedad de que no nos borren, no nos tergiversen."

6. Referencias Bibliográficas

- Arenes, C (3 de noviembre de 1999) Pequeños lectores en ascenso. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/pequenos-lectores-en-ascenso-nid214528/>
- Arenes, C (6 de abril de 2003) Literatura infantil y juvenil. Sobre los chicos y la lectura. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/sobre-los-chicos-y-la-lectura-nid486141/>
- Asociación de literatura infantil y juvenil de la Argentina (2002): (<http://www.alija.org.ar/>)
- Audiovideoteca de Buenos Aires (2008) *Graciela Montes, Cronología*. Argentina, Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad. Recuperado de https://web.archive.org/web/20120119042131/http://www.buenosaires.gob.ar/ar/eas/com_social/audiovideoteca/literatura/montes_bio2_es.php
- Belgrano, M. (1977) *Los zapatos voladores*, en Cuentos del Chiribitil. Buenos Aires, Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. (2010) *Cronología de Ema Wolf*. España, Alicante: *Cervantes Virtual*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/portales/ema_wolf/autor_cronologia/
- Blanc, N. (21 de diciembre de 2015) La entrevista tácita. Ema Wolf: "No ando persiguiendo al lector como si fuera una liebre". *La Nación*. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/%2Fcultura%2Fema-wolf-no-ando-persiguiendo-al-lector-como-si-fuera-una-liebre-nid1855956%2F>
- Blanc, N. (24 de marzo de 2017) Literatura infantil: cómo contar la dictadura a los chicos a través de la ficción. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/literatura-infantil-como-contar-la-dictadura-a-los-chicos-a-traves-de-la-ficcion-nid1998305/>
- Bornemann, E. (1975) *Un elefante ocupa mucho espacio*. Buenos Aires, Argentina: Loqueleo.
- Butler, J. (1993) *Cuerpos que importan. El límite discursivo del sexo*. Gran Bretaña, Londres: Routledge.
- Carranza, M (2007, 5 de diciembre). La gran ocasión. La escuela como sociedad de lectura. *Imaginaria*. Recuperado de <http://www.imaginaria.com.ar/22/1/la-gran-ocasion.htm>
- C.A (8 de Marzo de 2000) Una fuente de inspiración. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/una-fuente-de-inspiracion-nid214322/>

- Dell'oro, G (27 de Julio de 2013) Una placa señala el lugar donde la dictadura quemó 1,5 millón de libros. *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/sociedad/placa-senala-dictadura-millon-libros_0_SJdZkCUsvXg.html
- Desconocido (27 de Agosto de 2003) ¿Quién es Elsa Bornemann? *La Nueva*. Recuperado de <https://www.lanueva.com/nota/2003-7-27-9-0-0--quien-es-elsa-bornemann>
- Desconocido (9 de Octubre de 2015) Ema Wolf: "La literatura no es infantil". *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/literatura/ema_wolf_-la_literatura_no_es_infantil_0_SJBlcCbtw7e.html
- Drucaroff, E y Franzetti, S (2020, 4 de Septiembre). María Elena Walsh: "Las mujeres cedemos el lugar para que no nos maten". *Revista Crisis*. Recuperado de <https://revistacrisis.com.ar/notas/maria-elena-walsh-las-mujeres-cedemos-el-lugar-para-que-no-nos-maten>
- Fundación María Elena Walsh (2020) ¿Quién es María Elena Walsh? Recuperado de <https://fundacionmariaelenawalsh.net.ar/>
- Gociol, Judith (2010) Entrevista a la escritora Graciela Montes. "La verdadera educación se da solo persona a persona". *Carta de lectores*. Recuperado de <http://168.83.90.80/monitor/nro8/entrevista.htm>
- Honneth, A. y Frasser, N. (2006) *¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político filosófico*. Madrid, España: Morata.
- Lamas, M. (1998). *La violencia del sexismo*. En A. Sánchez Vázquez. (Ed), *El mundo de la violencia*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- La seño (13 de julio de 2009). Los Cuentos del Chiribitil [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://mimamamemima2009.blogspot.com/2009/07/los-cuentos-del-chiribitil.html>
- López, Analía Daniela (2019, 1 de febrero) María Elena, una vida más allá de la fantasía. *Revista Furias*. Recuperado de <http://revistafurias.com/maria-elena-walsh-una-vida-mas-alla-de-la-fantasia/>
- Maffía, D. (2016). *Contra las dicotomías: Feminismo y Epistemología crítica*. En Claudia Korol (Ed.), *Feminismos populares, pedagogías y políticas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: América Libre.
- Marí, E (1993). *Racionalidad e imaginario social en el discurso del orden*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

- Ministerio de cultura Argentina. (2014) *Literatura infantil y juvenil censurada durante la última dictadura cívico militar en Argentina*. Recuperado de <https://www.cultura.gob.ar/libros-que-muerden-8857/>
- Ministerio de Cultura Argentina. (2011) *La obra feminista de María Elena Walsh*. Recuperado de <https://www.cultura.gob.ar/la-obra-feminista-de-maria-elena-walsh-8470/>
- Ministerio de Educación de la Ciudad de Buenos Aires. (2008) *Programa Educación y Memoria*. Recuperado de <https://www.buenosaires.gob.ar/educacion/programas/memoria>
- Montes, G. (1996). *El golpe y los chicos*. Buenos Aires: Página 12. Recuperado de https://campuseducativo.santafe.edu.ar/wp-content/uploads/adjuntos/recursos/20190320/campus_20190320161903phppUNXwy.pdf
- Montes, G. (1994). *Otroso: últimas noticias del mundo subterráneo*. Buenos Aires, Argentina. Alfaguara.
- Pellet Lastra, R. (10 de febrero de 2000). La culpa de que los chicos lean poco no la tiene la tecnología. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/la-culpa-de-que-los-chicos-lean-poco-no-la-tiene-la-tecnologia-nid4784/>
- Pizarras y Pizarrones (23 de marzo de 2011) El golpe y los chicos. [Mensaje en un blog] Recuperado de <https://pizarrasypizarrones.blogspot.com/2011/03/golpe-chicos-graciela-montes.html>
- Rapoport, M. (2005). *Historia económica, política y social de la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Reinoso, S. (31 de julio de 2003). A la sombra de Harry Potter, se venden más libros para chicos. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/cultura/a-la-sombra-de-harry-potter-se-venden-mas-libros-para-chicos-nid515414/>
- Schavelzon, G. (25 de mayo de 2013) Elsa Bornemann, la autora de literatura infantil que atemorizó a Videla. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/cultura/2013/05/26/actualidad/1369524883_019228.html
- Tentoni, V. (15 de noviembre de 2019). La marca de las lecturas de la infancia es indeleble. [Mensaje en un blog] Recuperado de <https://www.eternacadencia.com.ar/blog/contenidos-originales/entrevistas/item/ema-wolf-la-marca-de-las-lecturas-de-la-infancia-es-indeleble.html>

